

pavientos olfativos añadiera otros realmente irrespetuosos; y era que conforme iba entregándome las prendas de vestir, bien cepilladitas y apañadas, las olía y á todas aplicaba el chato y obscuro naso como si éste fuera sello que refrendara la obra de su limpieza y cuidado.

— ¿Qué haces? — le interpele con mi acostumbrada dulzura, que no he sabido yo nunca ser áspero, — ¿qué haces?

— Es que — contestó el mulato — desde que el *niño* Juanito anda tan ocupado y cualquiera diría que á salto de mata, trae pegado un olor muy especial, un olor que huele así como á...

— ¿A qué? — insistí yo atomatándome porque recordé el perfume favorito de Delfina.

— A demonio — dijo *Bullebulle* convencido, — pero á un demonio que no ha sido azufrado todavía, un demonio que debe ser muy hermoso y muy aristocrático.

## IX

Engolosinado con la dulce compañía de Delfina, no he dicho nada aún de dos encuentros que tuve en su casa durante la temporadita á que vengo refiriéndome, y fué el primero el de un jovenzuelo á quien yo no conocía y ella me presentó y se llamaba Angel de nombre, ó más bien Angelón, pues era el más hermoso jayán que he visto en mi vida, robusto, colorado, de

amarillos bucles y sin sombra de vello en la cara, el cual Angelón por tres veces llegó cuando yo salía y luego desapareció y no dí con él hasta la noche en que sufrí el más horrible desengaño de que hago memoria y contaré á su tiempo. Este Angelón murió en la revolución *ordenista* que estalló algo más tarde; era, según supe después, un tronera de mucho cuidado, y la bala que le mató le hizo merecida justicia; que á veces al que la sociedad y la ley absuelven como cómplices, el destino condena como juez.



Su presencia en casa de Delfina no me causó la mínima gracia, y eso que yo, en rigor, no iba allí á fiscalizar más que las cuentas y en lo tocante á otra cosa nada me autorizaba á entremeterme. Pero como la planta de mi amor reverdecía á despecho mío, confieso que aquel bello zopenco me inspiró un sentimiento que se parecía á los celos, y no eran celos precisamente, sino desconfianza propia y desconfianza de Delfina, temor, aprensión, todo lo que me quitaba el sosiego y me guardaba bien de expresar por tenerlo á necedad y ridiculez. Delfina, que sin duda se percató de ello, me manifestó que el Angelón era hermano de unas íntimas amigas suyas que solían enviarla con él recados de cuándo se encontrarían en tal parte ó saldrían de

... conforme iba entregándome las prendas de vestir...

paseo, y aunque el oficio de recadista le venía algo corto á un muchacho de veinte años que para algo más servía, me callé por discreto y no por convencido, y dejando de verle le olvidé en apariencia.

El otro encuentro fué con mi tío Tejera, una sola vez, hecho un arco, arrastrando los pies, con temblor perlático en la cabeza y las manos, pero entero de voluntad y tan agrio como en sus mejores tiempos. Aun siendo yo el ofendido, que sobre su injusticia debía agregar la crueldad del rechazo de una conciliación á que mi difunta tía Sandalia trabajó con todas las fuerzas de su corazón nobilísimo, humilde de natura me acerqué á saludarle; pero él con un respingo y un bufido me infirió nuevo agravio, marchándose como gato á quien acosa el perro.

— Déjele usted, no le haga usted caso — dijo Delfina confusa, sin pararse á explicarme qué hacía allí el personaje culpable de los feos propósitos que ella le había atribuido.

— Ya le dejo — contesté yo viéndole arrastrarse por el patio, — ¡vaya bendito de Dios!

Y no volvió, al menos en las horas de nuestra tarea, ni yo me ocupé de él ni de Angelón por la razón que he dicho, que era la más sensata de las razones.

Cuando terminó la tarea y á requerimiento de Delfina cedí al peligro de nuevas visitas, estaba yo medianamente acaramelado para que todos los Tejeras y Angelones del mundo se me dieran un ardite. Porque es preciso notar la sabia gradación que Delfina puso

en la confianza de recibirme: primero, á horas fijas como á un agente de negocios; luego, prolongando la entrevista descuidadamente; por las tardes, al anoecer, así que logró arrancarme á mis meditaciones de Belgrano, y por la noche, á las nueve, dos veces, regularmente, las semanas que siguieron.

Mi cortedad de genio empezaba á alarmarse ante el recelo de que la frecuencia de trato pudiera dañar su reputación; pero ella, con desdén, argüía que una viuda no es una monja y que precisamente la viudez es la cédula de la libertad mujeril.

Otro que D. Perfecto, hubiera tomado aquello por el lado humano que merecía ser tomado. Yo, que siempre he padecido el grave error de tomar las cosas todas á lo serio y elevarme demasiado sobre el nivel del suelo, comencé á preocuparme de que podía comprometer aquella misma libertad, y si no traía honrado proyecto que realizar, debía suspender unas visitas susceptibles de murmuraciones y de escándalo. Ahora bien: este proyecto, ¿lo tenía yo formado?

Cuantas veces en la dolorosa investigación de aquellos sucesos me he detenido, reconocí que la idea de mi matrimonio con Delfina me alentó desde el primer día, con mayor entusiasmo á medida que la pobreza, la insolvencia, la ruina completa de Delfina aparecían más patentes. Rasgo digno de D. Perfecto era amparar su viudez, fortificar su debilidad, remediar su situación en todo lo que podía ser remediada, que al fin y á la postre á Delfina amé yo siempre y me lastima-

ba grandemente su desgracia. Viérala rica, feliz y orgullosa, y me hubiera apartado de ella, ó mejor dicho, no me hubiera aproximado nuevamente á ella, pues en mi quijotismo natural de blando y bondadoso su desgracia fué el señuelo que me atrajo.

Las observaciones indiscretas que he ido anotando entibiaron y hasta enfriaron alguna vez esta idea mía generosa, pero no la mataron, porque yo la sentía revivir, como flor agostada que refresca y entona el rocío de la noche, á la luz de sus ojos verdosos y profundos y al sonido de aquella voz, de aquella voz que no acierto á comparar con cosa alguna, que era su garganta una cajita de música. Pero no la decía nada, me parecía que no debía decirla nada, mientras la seguridad de que ella pensaba lo mismo que yo no se revelara de modo claro y preciso.

Sin embargo, cuando á sus instancias y agotado el pretexto del papeleo, fuí la primera noche, «porque así estaríamos libres de importunos,» para la consulta de una operación de crédito en que quizá no fueran menester los documentos pedidos y bastara una firma de conocimiento, encontrándola recostada en una dormilona, á media luz, deshecho el cabello y con una bata de seda que más que cubrirla descubría sus encantos dibujando demasiado plásticamente lo que el pudor hablaba encargado disimular, tomé esta actitud, ó era yo romo, por demostración de su confianza y quizá de su simpatía. Otro alcance no podía darle, ¡libreme Dios!, que fuese indigno de mí y de ella, y la prueba está en

que ingenuamente lo primero que me ocurrió fué dar luz á la lámpara y preguntar á Delfina si tenía jaqueca...

Creo que mi acción y mi pregunta la contrariaron un poco; lo cierto es que se puso displicente y al cabo de un cuarto de hora en que de todo hablamos menos del objeto que me llevó, despidióme con encargo de volver.

Esta manera de recibirme, á media luz, quedó ya como obligado juego de escenario, y por supuesto que no atreviéndome yo á nuevas manipulaciones con la lámpara, acostumbrado á acostarme con las gallinas, como decía mi tío Tejera, en la obscuridad se me cargaban los párpados de sueño. La conversación no era ni muy divertida ni muy animada, y se diría que ella lo hacía á posta adelantándose á taparme la boca cuando yo pretendía avivar el tema, ó contestándome con hondos suspiros que una vez, tan doloridos se me antojaron, que caí de nuevo en la pregunta sosona de si tenía jaqueca...

— ¡Qué empeño el suyo en que he de tenerla! — exclamó Delfina rebullendo entre sus encajes, — ¿cree usted que sólo el dolor físico arranca suspiros?

¿Qué había de creerlo yo que me he pasado la vida suspirando? Tal fué mi respuesta, y de sobra comprendí que algo me ocultaba Delfina, y ese algo era la simpatía que esperaba la ocasión de desbordarse. Lo comprendí y temblé... Más paseos he dado por ese jardín, más noches he velado en este salón en pugna con mi inclinación y mi conveniencia, que no

podría contarlos ni referir cómo de indeciso me volví resuelto, y de tímido audaz, y de triste alegre, porque la idea de que Delfina viniera, al cabo, á perfumar mi hogar iluminaba mi casa y mi alma vistiéndolas de fiesta: era mi antiguo sueño realizado, mi aspiración más ferviente y duradera.

Calló el interés, cansado de oponerme razones muy poderosas que yo no atendía; me abandonó la prudencia, á la que rechacé con agravio, y me dejé conducir por el pícaro amor que me entontecía hasta la cámara en que Delfina, sumergida entre sus encajes y la penumbra, más densa aquella noche como si el que allí me llevó hubiera amenguado la lengüeta de la lámpara en complicidad con ella, me esperaba anhelosa y suspirona. Recuerdo perfectamente que cuando me acerqué al sofá, poco menos que á tientas, ella me alargó la mano y la puso entre las mías, y como no daba muestras de querer retirarla, sino, al contrario, de confortarse con la cariñosa presión, la retuve y no llegué á besarla porque me pareció irrespetuoso y de mal tono; teniéndola, pues, de la mano y sin sentarme, como si fuera médico que ausculta á un enfermo, sin mayores preámbulos y antes de que el valor me faltara, la dije cuanto decirla quería y veinte años antes no había osado decirla más que con los ojos... Si ella estaba conforme, en seguida que viniera la respuesta de Melbourne, ¡á casarnos! ¡Qué felicidad! ¡Oh dicha, no por tardía menos placentera!

Hay comparaciones vulgares que no es posible re-



La dije cuanto decirla quería y veinte años atrás no había osado decirla más que con los ojos

emplazar por frase alguna, aun la más retorcida y delicada. Un chorro de agua fría en el cogote debe ser, sin duda, cosa desagradable, y si va de improviso, peor; pues tal me supo á mí la carcajada de Delfina y su respuesta:

— ¡Por Dios, Riquez!, ¡que sea usted siempre el mismo! ¡Que siempre haya de salir usted por el registro del matrimonio!

— Delfina — contesté yo así que me repuse algo de la sorpresa, — tratándose de usted no conozco, no, otro registro... Yo no puedo ofenderla... Soy un hombre de ley... Camino siempre por derecho...

Solté su mano, confundido; pero ella con bonitas sutilezas me explicó lo que había expresado, que era, simplemente, su horror á un yugo que tan desgraciada la hizo y tanto la pesó haber contraído. La sola palabra *matrimonio* la sonaba como anuncio de nuevas penas y dolores, aun en mi boca, que era yo archivo de sinceridad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero.

Yo no sé si se burlaba, porque á pesar de estar á prueba de repulsas y desdenes, la alabanza tras del guantazo no me supo peor que sí, redondamente y con menos flores y papel dorado, me hubiera rechazado ignominiosamente. Yo no insistí; ella siguió hablando, con ternura y languidez quizá estudiada, y creo que dijo algo así como que lo pensaría, ó lo discutiría consigo misma, algo que era una esperanza. Pero ya estaba yo inquieto y con deseo de marcharme: puesto